# MIRADAS DE EL OLIVAR

KLÁRA KONKOLY-THEGE



OVIEDO
2017

# MIRADAS DE EL OLIVAR

KLÁRA KONKOLY-THEGE

OVIEDO
2017

# MIRADAS DE EL OLIVAR

KLÁRA KONKOLY-THEGE

Relatos

Ana Vega

David S. Suarón

Nabil Amhaz Martínez

Javier F. Granda

Lan

Dani Tritón

Flor Fernández Viña

Pablo Amor

Nacho Bujanda

Poemas

Lauren García

Rubén Rodríguez

Santiago Bertault

*Miradas de El Olivar* recopila los retratos que Klára Konkoly-Thege, artista húngara licenciada en Bellas Artes en Budapest en 1986, afincada en España desde 1990, ha realizado cada jueves, desde noviembre de 2016 a marzo de 2017, en El Olivar. Una propuesta espontánea y muy oportuna que Amadeo escondía en su manga sorprendiendo a todos los que un día encontramos a Klára haciendo aquí sus primeros retratos.

La galería de retratos se reproduce en estas páginas como reconocimiento al talento de una artista que capta con una precisión admirable el gesto y la mirada, aquello que refiere a la vida interior de quienes posan ante ella.

Hemos querido acompañar esta galería con varios relatos y unos poemas para que el libro permita [re]conocer algunas de las múltiples realidades que se viven cada día en El Olivar, posibles gracias a todos los que frecuentan este rincón de la calle Oscura de Oviedo.

Los editores

# Miradas del Olivar

Klara Konkoly-Thege

“Salir”, “tomar algo”, ¿adónde vamos? España, país de bares. En cada ciudad, un montón. En cada pueblo, varios. En las aldeas, el último. Al lado de las carreteras, los muy solicitados. Cada uno con sus visitantes según su estilo, entre ellos su clientela fija, quienes forman parte de su imagen.

En el bar “La Vega”, junto a mi casa en San Julián de Bimenes, un grupo de personas parece que viven allí. Las veo cada vez que entro o salgo de mi puerta. La idea de retratar los clientes fijos de un bar me surgió contemplándoles. Entonces, no me atreví, y lo hice ahora en El Olivar, después de 10 años.

Un proyecto de lo más sencillo, con pocos materiales, donde no hacen falta muchas explicaciones, simplemente vivirlo. Una invitación para una experiencia compartida. Haciéndolo es un acto social, en un lugar social. ¡Y es un fuerte ejercicio de concentración para mí!

Me interesa la gente, la vida que está dentro de cada persona que es el tema de los retratos. Es un reto fascinante el intentar captar esta esencia, este ser, esta vibración que emana de cada persona, sobre todo, a través de su mirada.

Miradas...Mirar, mirar mucho en los ojos de un@ desconocid@, y el desconocid@ mira en mis ojos... Un contacto directo, personal, un intercambio de energías. Sin pantallas en el medio, sin retoques, natural, cerca. Salen

conversaciones, a veces una especie de presentación, datos o historias, anécdotas, a veces, alguna confidencia, dejándose llevar...

Un cambio de miradas de reconocimiento. Somos personas, dos personas, compartiendo un trozo de vida. Y es agradable, os sale la sonrisa en la mirada sin querer, y a mí me sale en el papel sin querer...

Siéntate... como quieras... relájate... sigue con tu bebida... dime algo, si quieres... ¿cómo te llamas? ... yo, Klára... ¡mírame a veces!... mírame... ¡mírame a los ojos!



Klára Konkoly-Thege

KTKarte.blogspot.com


MIRADAS

# Miradas del Olivar

Ana Vega

Difícil asomarse a un concepto tan amplio como el que esconde la complejidad de este título. Son muchas las miradas que conozco y son muchos los años que habito esta especie de lugar excavado en la roca en el que tantas vidas e historias se mezclan y enredan, no siempre para bien: donde existe el milagro también el infierno. Existe cierta simbiosis o sinergia, es cierto, hay cierta vinculación subterránea que va uniendo lazos y misterios que se desvelan a través del amor a una naturaleza cada vez menos salvaje y menos sagrada, hacia un mundo más domesticado y manso, algo que quizá la soledad que permite este refugio de montaña de asfalto aún puede proteger.

La historia del Olivar es la historia de muchos y muchas que, en cierto modo, hemos crecido a través de estas paredes, en una batalla constante por definirnos, reafirmarnos y de ahí quizá la pena que se siente amplificada por la personalización excesiva que aplicamos a lugares, cosas y personas. Nadie es perfecto, muchos menos el ser humano y esta vinculación que nace en estas paredes y que ahora refleja la autora bajo estas miradas y estos rostros que no es más que la distorsión de un mundo irreal. Me encuentro de nuevo ante la disyuntiva de hablar de la sonrisa o aquello que cubre, tal vez, la carencia. No es este un lugar muy al uso, más bien una extraña amalgama de outsiders y también un crecimiento personal o camino hacia la decepción. Veo aquí esta fase de desarrollo en la que alguien crece y vive y piensa en utopías y cree y atisba cierta fe

y de repente cae sobre su espalda toda la hipocresía del mundo. Es tal vez, matar al padre y aun así, que la herida permanezca intacta.

Comenzamos jóvenes muchos y muchas nuestra andadura en este lugar que ahora retrata la autora a través de sus múltiples miradas y personajes y a su lado hemos ido creciendo y comprendiendo con disgusto y dolor extremo que también en esta aparente autenticidad se esconde la falsedad más vil. Es por tanto, el Olivar, como cualquier otro pequeño hábitat un reflejo exacto del mundo entero, con sus normas, hábitos y costumbres. Siento ahora al ver estas miradas y estos rostros una sensación de extrañamiento pues realmente no conozco a las personas que aparecen aquí, no sé nada de ellas, no sé quién soy, desconozco lo que algún día creí conocer y veo también cierta distorsión similar a la del maestro Valle Inclán, en estas figuras que me parecen del todo irreales. Os desconozco, he de admitir. Sin duda hemos perdido humanidad en el trato y ahora Klára, responde y rescata, lo mejor de nosotros y nosotras mismas o nuestros primeros pasos o rostros o miradas limpias antes de toda esta devastación que nos ha convertido en caricaturas de nosotros y nosotras mismas. No me reconozco porque ahora veo mejor que nunca el llanto tras la sonrisa. Quizá sea esta una llamada de atención. No es necesario escalar montañas para alzar la vista y de poco sirve la altura si no sabes situarte justo al lado de la mano que necesita ser agarrada con fuerza. Cierta descompensación que ahora, Klára, compensa con su luz y señala y recuerda. Tal vez aún seamos capaces de rescatarnos o tal vez redimirnos.

















# Antiguos libros

David S. Suarón

Los tiene que tener él, fijo. Lo recuerdo perfectamente. Íbamos al colegio a 8º de EGB. Le cambié mi colección de súperhumores por una liadora de tabaco y un talego de costo. Fue duro desprenderme de aquellos libros que había atesorado durante varios años y había leído con entusiasmo. Pero todo por el mundo que se abrió ante mí en aquel momento al poder fumar y liar mis primeros porros.

Si no los tiró o los vendió aún tiene que tenerlos. Y necesito un número en concreto. El ejemplar número 25 que iba en el lote. Un chino ofrece 3000 euros por él en Internet y claro, aquella liadora y el costo estuvieron muy bien pero ni de coña valen 3000 euros.

Quiero recuperarlo. Me estoy poniendo muy nervioso. No quiero volver a recaer de mi enfermedad mental.

Busqué en el almanaque del colegio donde salían las fotografías con los nombres de todos los alumnos y alumnas. Y lo localicé. Aymám Fernández Sufán. Era medio moro. Su madre marroquí y su padre gaditano. Venían de Caños de Meca y regentaban un restaurante ovetense de comida árabe y mayoritariamente vegetariana. Un local muy singular por aquel entonces.

Ahora solo tenía que teclear en el portátil a ver si aparecía algo, su perfil de Facebook o algún dato relevante y claro, allí aparecía. Siguiendo el negocio de la familia regentaba un pequeño bar en Oviedo. Se llamaba El Olivar,

cómo si no, y estaba en la calle Oscura.

Desde que salí del internado psiquiátrico vivo en Avilés con mi tía. Así que el viernes por la tarde cogí el coche para irme a la capital a reencontrarme con mi antiguo compañero de clase. Tomé la «Y» y conduje hasta la ciudad.

Aparqué el coche en la zona del Campillín y me dirigí hacia el casco antiguo según me indicaba el GPS del móvil. Era una tarde noche agradable y las terrazas estaban animadas con mucha gente sentada y charlando en la calle. Había dejado de llover después de unos días. Un grupo de perros ladraban y jugaban en la Plaza del Sol junto con unos niños mientras sus dueños y padres consumían unas cervezas.

Al bajar de la plaza divisé el local y accedí a su interior.

Había bastante gente, pero pude hacerme con un taburete gracias a una chica que se marchaba. Pedí un orujo. Aymán no me conoció. El ambiente era de lo más animado y singular. Un artista estaba realizando una especie de performance desnudo pintado de negro. Un poeta recitaba unos versos rimados. Un tío trataba de vender unas tazas con dibujos y una pintora se esforzaba por retratar a una cliente. Esperé que todo ese cambalache terminase sentado y bebiendo el orujo pausadamente. Después me dirigí a Aymán.

–Hola, ya veo que no te acuerdas de mí. Soy Roberto, fuimos compañeros de clase.

–Ah meca sí, sí. Es verdad. ¿Cómo te va? Estás muy cambiado.

–Bueno perdí un poco de pelo. Pero los tipos calvos y

altos también somos elegantes.

–El tiempo pasa. A mí me están saliendo ya muchas canas. ¿Y cómo tú por aquí?

–Verás es que necesito saber qué hiciste con aquellos súperhumores que te cambié en el colegio. ¿Te acuerdas?

–Sí claro, jejeje. Pues cuando me mudé de piso los doné junto con un montón de libros. Y alguno lo utilicé para decorar el baño del bar.

–Joder, creo que me debes 3000 euros.

–¿Por qué Roberto?

–Por nada, bobo.

Me levanté y fui al baño. Para mi gran sorpresa estaba empapelado con hojas de aquellos cómics A modo decorativo allí aparecían mis lecturas juveniles. Pepe Gotera y Otilio, El botones de Sacarino, Mortadelo y Filemón, Rue 13 del Percebe... Con mucho cabreo empecé a arrancar uno por uno todos los papeles, tratando de recuperar lo que pudiese con cuidado de no romperlos. Estuve un tiempo hasta que salí con las hojas en la mano.

–Pero, ¿qué hiciste tío? ¿Estás loco o qué? Ya veo que sigues igual de trallao.

–Anda vete por ahí, esto es mío.

–Voy a llamar a la policía.

Aymán salió hacia a mí, pero lo empujé con fuerza contra la barra. Después escapé del bar. Aymán trató de seguirme hasta la puerta, pero en la calle enseguida desistió.

–¡¡¡Cabrón, siempre fuiste un puto chiflado!!!

Me fui corriendo a toda prisa y arranqué el coche para

volver a casa.

Una vez allí grapé las páginas que había recuperado. Saqué unas fotos y se las envié al chino por si aceptaba eso a cambio de algún dinero. Por supuesto no aceptó. Lo insulté en su idioma gracias al traductor de Google. Caliente como estaba y como no había tomado la medicación planeé vengarme por perder ese dinero. Primero quemaría varios negocios chinos y luego iría a quemar el Olivar también.

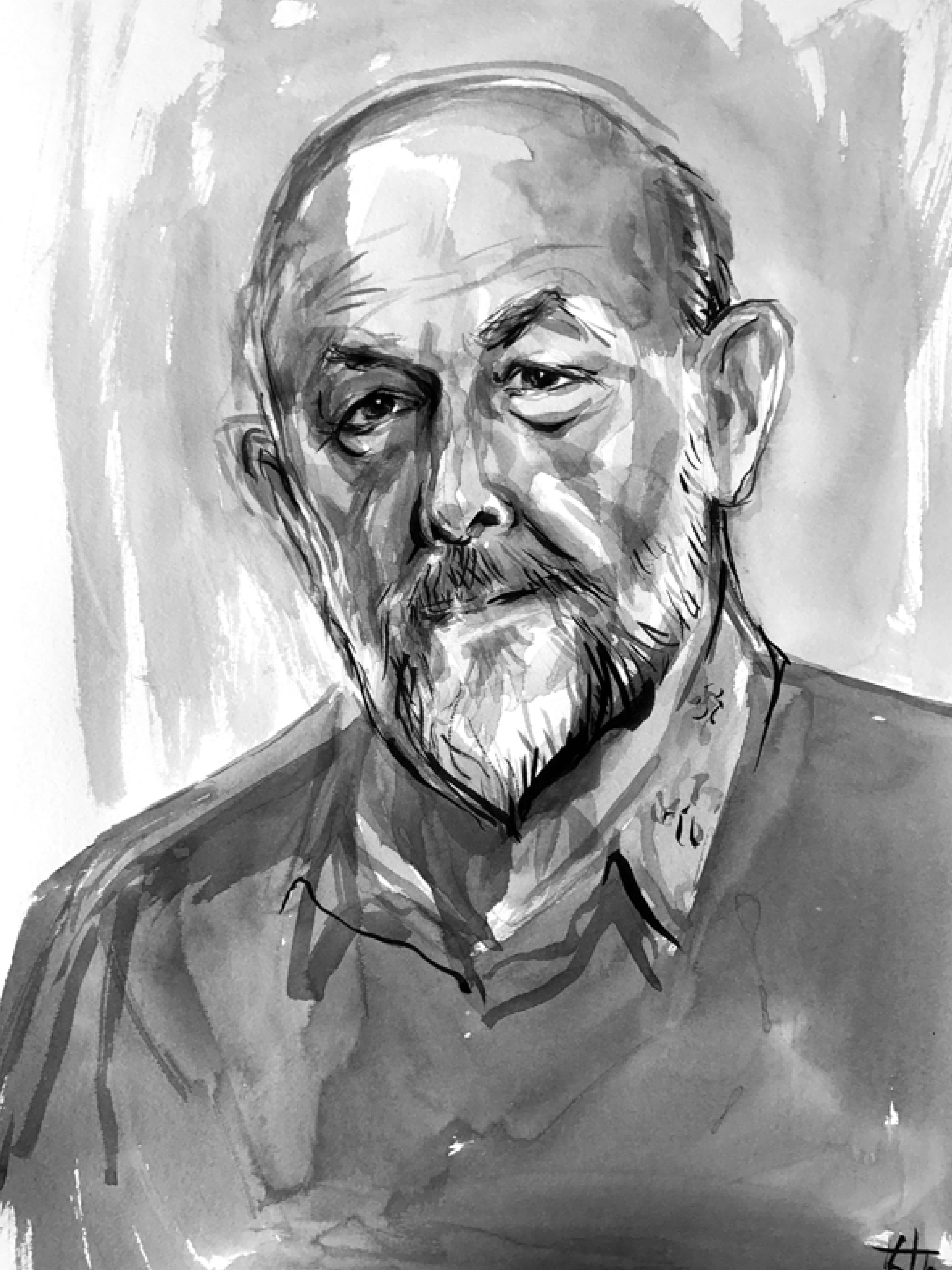
No saben ya quién es Roberto “el tarao” Fonseca.

















# Mundos gráficos

Dani Tritón

Hasta donde recuerdo siempre he tenido esa extraña capacidad de abstracción; en los recuerdos de mi infancia se mezclan, a partes iguales, las secas realidades del día a día y las aventuras en las que me sumergía mi imaginación, tan vívidas, que, hasta que no fui creciendo, las tenía como recuerdos reales. No es esa forma típica de imaginación de los niños que se inventan historias o amigos imaginarios, yo en realidad nunca fui muy creativo, pero ante determinados estímulos gráficos, un dibujo, una fotografía, un cuadro colgado en la pared… mi mente se dejaba llevar, la imagen me iba envolviendo, adquiriendo una tercera dimensión y, lo que es más raro, una cuarta en forma de tiempo, y durante minutos, u horas, mi vida discurría por ese mundo retratado. Si mi madre me giraba de espaldas y me hablaba con la cara muy cerca "¡Dani, Dani, despierta!" mientras me sacudía, yo podía entrever fugazmente su rostro, pero ningún estímulo era capaz de arrancarme de mi mundo virtual hasta que mi inconsciente tomaba la decisión de abandonar su aventura. Entonces contaba como había estado corriendo por las orillas del lago Enol, representado en un gran poster enmarcado que colgaba de la pared, o que había estado jugando con los ratoncitos que ilustraban el cuento que estaba leyendo.

Por supuesto esta curiosa peculiaridad mía nos llevó a mis padres y a mí a un largo periplo de psicólogos, psiquiatras, neurólogos y hasta charlatanes de todo pelaje, pero

sin ningún resultado positivo. Los escáneres no apreciaban lesiones cerebrales, y la medicación no ejercía efecto positivo alguno. Tampoco los psicólogos encontraron donde radicaba "esa necesidad mía de evadirme de la realidad"; de homeópatas, brujos y exorcistas mejor ni hablar.

Al final, lo más efectivo resultó ser alejarme de toda representación gráfica. Se eliminaron todos los cuadros y fotografías de mi entorno, mis libros carecían de ilustraciones o estas habían sido previamente censuradas pegando sobre ellas trozos de cartulina bien opaca y se aleccionó bien a mis profesores para que no me expusiesen a ningún tipo de material gráfico. Imaginaos el aspecto de los libros de texto de un niño en el que las ilustraciones habían sido sustituidas por trozos de papel en los que un texto describía, lo mejor posible, lo que había oculto debajo.

Crecí y fui un adolescente y un adulto todavía alejado lo más posible de los perniciosos efectos que ejercían sobre mí las imágenes. A pesar de que era incapaz de evitar algún breve episodio (como una tórrida tarde de amor con la modelo de lencería de alguna marquesina) lo llevaba bastante bien, salvo por un detalle importante: siempre culpé a mi fama de raro y a mi conducta evasora de imágenes de mi escaso éxito con las mujeres. Me atormentaba que a mis veinticinco años todavía no había tenido ninguna relación digna de tal nombre.

Pero esa tarde esperaba que todo eso cambiase. La había conocido por internet. Fui incapaz de resistirme a ver su foto antes, por lo que ya había pasado una imaginaria velada con ella, pero ahora llegaba la hora de la verdad.

Me citó en El Olivar. Nada más entrar intuí las paredes llenas de cuadros, por lo que intenté mantener mi vista

alejada de ellas, lo que no me fue difícil, porque enseguida me quedé prendado de sus ojos. Estuvimos hablando largo rato, y empecé a notar, en su forma de mirarme y de comportarse, que la atracción era mutua. Al final nos fuimos acercando y, sin saber muy bien cómo, ya nos estábamos besando. Mis pies no tocaban el suelo cuando sentí la necesidad de ir al servicio; "al fondo a la derecha", me indicaron. Entraba sin pensarlo por una de las dos puertas cuando me asaltó la imagen apabullante de paredes totalmente empapeladas con hojas de tebeos. Fue una sensación vertiginosa; en mi censurada vida jamás había, siquiera sospechado, la existencia de semejante orgía de mundos gráficos con todos sus variopintos habitantes.

Desde entonces vivo en 13 Rue del Percebe, atrapado entre estrafalarias aventuras con Mortadelo y Filemón, e irónicas y surrealistas conversaciones con personajes de Forges, tengo vagos recuerdos de alguien arrastrándome hacia una ambulancia, y de vez en cuando creo entrever una sala de hospital, pero enseguida regreso con mi Familia Cebolleta y suelo trabajar en una oficina caótica donde hay un botones llamado Sacarino.














SONY

# El aurornis

Nabil Amhaz Martínez

Cuando el dinosaurio despertó, el aurornis seguía allí. El aurornis es un pájaro arcaico, antiquísimo. El arcano dinosaurio dormía bajo un árbol, como el fauno del poema, y aquél piar, graznar, o ulular (quién sabría qué nombre ponerle al sonido que hace un aurornis) lo despertó de su siesta jurásica. Algún anónimo viajero del tiempo lo grabó en su hábitat, volvió al siglo veintiuno, y lo colgó en Youtube. No sé cómo, pero Amadeo estaba al tanto de tal hazaña, y la compartió con los parroquianos aquel martes de enero de 2017.

Aquellos sonidos de un pasado remoto salían de los bafles y se subían por las paredes, reverberaban en los platos de loza de Mario Cervero y en las tazas de Cabrero, se derramaban en el techo alto azul cobalto y terminaban engullidos por los huecos de las molduras doradas. Incluso los retratos de la pintora Klára Konkoly-Thege saltaron de sus carpetas y empezaron a aullar y a llevarse las manos a la cabeza.

Todos sabíamos, por supuesto, que no hubo tal explorador espacio-temporal, que no estábamos viendo ningún dinosaurio monterrosiano ni escuchando a pájaro del edén alguno en la pantalla del ordenador; sólo a gorriones, herrerillos, jilgueros, avutardas y alguna que otra paloma de ciudad, pues entre los presentes aquella noche se contaban un par de aficionados a la ornitología empeñados en cambiar el formato musical.

Pero algunos bares son paraísos de artificio o cajas de ilusionista, y en el templo del Olivar, custodiado por el druida Amadeo y Frank Zappa su segundo, a nosotros los pájaros, lisérgicos de espíritu y huérfanos del espacio y del tiempo, nos gusta revolotear tontamente entre las volutas.

















# retratos de un retrato

Lan

¿qué tomas? una birra. o vino (en invierno puede ser caliente) blanco o tinto. o un té de hojas de olivo con jengibre (sorprendente por el tinte frambuesa, y por la cantidad de agua en la tetera de Aladino, que llena más de una taza). la cerveza puede ser artesanal: tres variedades por marca (¿me equivoco?). a nuestro lado piden café, café con leche… hay quien se toma un licor, un chupito, un trago largo… desde hace unos meses también ofrecen sidra. podemos beber acodados a la barra, hojeando el periódico con esceptisismo (a veces me entretengo alineando los taburetes de dos estilos, unos de asiento redondo, en madera lustrada; otros cuadrados pintados de verde inglés). o podemos apoltronarnos en uno de los dos bancos de madera que parecen robados a la iglesia. o sentarnos en cualquier silla de las que flanquean las mesitas, que son rectángulos de mármol claro sobre soportes de hierro de viejas máquinas de costura (alguno de los cuales conserva su pedal). mesitas donde no es raro que se desarrollen partidas de ajedrez, dominó o algún otro juego, mientras los perros (a quienes no falta bebedero y golosinas) viven sus propias historias al ras de las rodillas humanas. la música es de descarga libre. los baños, a la derecha de la barra, son “unisex” y están tapizados con viñetas humorísticas de revistas viejas. pero no confundir viejas con “vintage”. porque queda claro (y se agradece) que aquí no hay orientación a un “target” ni ningún engatusamiento de clientela. ni siquiera una clientela propiamente dicha. podríamos

venir en pijama si así lo quisiéramos. pero no suponer que la ausencia de postureo implica la ausencia de un espíritu estético, permacultural, diría yo, determinado por cierto taoísmo de bohemia, si se quiere.

el aspecto general del bar fue renovado hace un par de años, aprovechando que debían rehacer los cimientos. a la nueva barra la pusieron de cara a los portones acristalados y enrejados que dan a la calle, a través de los cuales vemos fumadores bajo el nuevo toldo y gente sentada en las mesas plegables de la terraza, a distancia reglamentaria. al remodelar, desnudaron más la piedra de las paredes e intentaron modernizar los colores del estuco (por suerte, sin acertar en la moda). mantuvieron el techo azul nocturno enmarcado en molduras doradas con el ventilador en el centro (aspas de madera que no recuerdo haber visto girar). las baldosas nuevas son un poco menos resbaladizas que las anteriores. a las paredes laterales las siguen aprovechando para colgar exposiciones temporarias de cuadros, láminas, platos… las piezas de arte permanentes son pocas: un cuadro de Álvarez Cabrero que homenajea la prehistoria del bar, los monstruitos de Víctor, y algunos otros objetos que refuerzan el eclecticismo azaroso del salón bajo luz atenuada y suficiente.

por la izquierda de la barra se desciende a una pequeña cocina, que deriva en un sótano donde se realizaron desde talleres de software libre y de guitarra hasta mercadillos. en el salón, el bar mismo, se hicieron muchos conciertos, recitales de poesía, performances y proyecciones de cine (¿cuándo vuelven esos ciclos, Amadeo?). sobre cine he conversado mucho en el Olivar… aquí Luis Ángel me presentó a Aki Kaurismäki.  ahora recuerdo que en una película argentina que no viene al caso, un personaje dice al teléfono: “yo qué sé como vino acá… húngaros hay”. lo

que me viene bien para referir que, durante los últimos meses, cada jueves, en el mismo rincón (bajo la caja eléctrica, junto a un pequeño farol), una vecina de Bimenes nacida en Hungría ("qué sé yo cómo vino acá") decidió retratar con tinta china a la gente que pasara, más o menos habitualmente, por El Olivar. habrá quien no se enteró, quien justo estaba de viaje, quien no quiso posar… pero cada persona que se sentó frente a Klára, hoy puede reconocerse en sus pinturas.

míranos aquí. como si fuéramos importantes, como si nuestras existencias merecieran biografiarse, como si valiéramos tanto como los de la tele… ¿qué nos trajo a este sitio? ¿qué nos hace sentir el Oli como segundo hogar? ¿será sencillamente que ahí donde nos sentimos cómodos nos quedamos? toda la sencillez que tú quieras, ¿pero negaremos que en este alambique se cuece algo especial? algo que no se deja encerrar en tópicos, demasiado verdeante para acusar de abandono, demasiado decidido para sentenciar naufragio… quizá lo que tenemos en común quienes concurrimos a este bar desde nuestros distintos orígenes, quienes regresamos cada tarde, noche o trasnoche, es que de nada disfrutamos tanto como del presente vivo, porque ya hace mucho perdimos la fe en las remotas luces del éxito, entonces sólo somos capaces de otorgar credibilidad y admiración a quienes tenemos al lado, pues con aquellas personas a quienes no conocemos es fácil llevarnos de maravillas: lo insólito es seguir queriéndonos entre conocidos. por supuesto que estamos de paso, compa. pero si nos entran ganas de seguir andando, ahora tenemos adonde volver. ¿no es este el paraíso por mucha gente añorado? un paraíso real, de ideales caídos.

re-trato hecho. detrás de cada torso, el mismo respaldo.



















# Noche en la calle Oscura

Javier F. Granda

Llegué al Olivar pasadas las nueve de un viernes y me sorprendí por el llenazo. No había sitio en las mesas y la barra estaba repleta de gente con infinidad de conversaciones animadas. Distinguí a Fernando por el plumi verde que suele llevar últimamente y me enchufé a su lado para pedir la Pepinum que me gusta: una brown ale deliciosa que Iván hace con mucho cariño. Fue una suerte asistir al nacimiento de esta cerveza y probar las primeras botellas que dejó en el bar.

Nada más hacer contacto visual con Amadeo, mis deseos se vieron cumplidos. Fernando parecía un poco apagado. Alcé la cabeza por encima de los que rodeaban la barra para ver si había alguien conocido, pero eran pocos los habituales aquel viernes. El cruce de miradas fue instantáneo, suelo ser rápido y centro bien el foco de observación. Me dicen que miro fijo, como concentrado. No sé lo que pueden ver los otros detrás de mi mirada, pero de lo que estoy seguro es en qué me fijé cuando mis ojos coincidieron en la perpendicular perfecta con los de la chica que se encontraba en ese mismo instante frente a mí.

Estaba vuelto hacia el ángulo donde Klára se instala a pintar. Comenzaba a percibir el calor del local y con los primeros tragos de la botella sentí que me renovaba con el alimento de malta y lúpulo que tanto bien han hecho en mi alma. De entre la espesura de cuerpos que se desparramaban por las mesas, emergía una forma de belleza que

nunca había visto.

Estaba con dos amigas y hablaban mucho. Se le veía sonriente y espléndida. Se percató unas cuantas veces que le observaban, hizo contacto visual un par de ellas y finalmente se hizo la loca pensando seguramente lo raro que era el tipo de la esquina de la barra. Le pregunté a Fernando, que seguía a mi lado, si conocía a aquella chavala tan buena y lo único que pude sacarle fue una sonrisa que mantuvo media hora o más. Suelo perder la noción del tiempo. Cada vez que yo le miraba como interrogando sobre lo mismo, él me mostraba esa sonrisa suya con el aire de un sueño dulce que alienta en su interior.

Fernando sabía quién era la chavala, pero se hacía de rogar. Tardó en pronunciarse y solo me dio una pequeñísima pista. Cuando la chavala se levantó para ir al baño, Fernando que entraba y salía a fumar, le saludó con un par de besos, mirándome a mí con esa sonrisa que ya había mostrado, pero ahora con un poco más de cachondeo. Le respondí con un gesto como si hiciera rodar el tambor de una Magnum, pegándole un tiro entre ceja y ceja. Seguía sonriendo; había triunfado. Yo veía el cuerpo de la chica enfundado en unos vaqueros y una camiseta ajustados y repetía como un mantra lo mal que estaba repartida la riqueza en el mundo.

Lo que pude averiguar, después que Fer me dijera que se dedicaba a la música, fue por mi cuenta, quizás alguien más soltó alguna pista. Esa noche no salí del bar y me quedé ensimismado. A medida que mi introspección crecía, la Pepinum iba calando mansamente, como lo hace el agua cuando cae en algunas tardes de primavera. Todo se impregna... te das cuenta que va llegando a todas partes. Así la cerveza bañaba cada molécula de mi cuerpo, iba y

volvía al ritmo de la presión de mi pecho. Sentía su expansión como un riego mágico que iluminaba mi conciencia. Empecé a darme cuenta de lo pedo que estaba, pero era ya tarde para parar. Recuerdo que entró Cabrero que se iba a casa, saludó y se fue a toda mecha.

Horas más tarde terminé con Ana, Nabil y Pepín de Muñalén, escuchando en youtube el canto de los pájaros y los sonidos de la fauna asturiana. Me tocaron la fibra, me hicieron regresar al origen. Por un momento, mientras ellos hablaban y se afanaban por describir los matices del canto de un malvís, del cárabo, o el ladrido de un corzo, mi memoria me llevó a las Lagunas de Muniellos donde llegué un día con la nieve por las rodillas, acompañado de mi hermano.

Habíamos ido temprano a Tablizas y allí, esperando a que la portilla se abriera, escuchamos adormilados el bramido del ciervo y el ladrido de la raposa al lado de un torrente de agua que anunciaba el frío. Arriba, en las lagunas cubiertas de nieve, el viento descendía helado entre las ramas de un bosque desnudo.

En la Calle Oscura de Oviedo, en la esquina de la Plaza del Sol, mirando hacia el Sol y Sombra, ese otro que va a mi lado, olisqueaba los aromas de un pasado en el aire de aquella noche que pronto se extinguiría. El suelo de leña y musgo, piedra húmeda y hojas de roble, despertaron en el recuerdo cuando me encaminaba a casa, agradeciendo a los que dejaba atrás y al sábado que pronto despertaría con un ritmo tranquilo, esa reconexión que me hizo regresar a los mismos valles oscuros y ríos profundos donde la memoria se extingue.















# Serendipia

Flor Fernández Viña

La afinada mirada de la catedral se extiende iluminada alargándose en pos de las huellas de las pisadas que descienden suavemente por la Calle Oscura. Aún me sigue cuando llego al Olivar. El nombre me huele a bosque mediterráneo, a jazmín, tomillo y salvia. Me suena a troncos recios retorcidos bajo el sol, a cosechas de abundantes olivas, a omega tres y verde aceitunado. Me recuerda a alguien.

Las paredes parecen estar vivas, pobladas con platos de la exposición "Al Platu vendrás" que abrazan nuestras miradas. En una esquina, algunos se retratan bajo la mirada atenta de una mujer sonriente que indaga sobre las pulsiones de quién se expone a ser desnudado a trazos. Lo que se ve y lo que no se ve, parecen danzar en el espacio, entre los platos de la pared y los retratos de Klára.

–Me encanta este sitio.  Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien – me dice Ismael unas horas más tarde. Está en la barra escuchando una discusión sobre antropocentrismo, lo humano y lo divino.

– Me alegro– le contesto– ¿De dónde eres?

–De Valladolid. Es la primera vez que vengo a Oviedo. He salido con mis compañeros de trabajo, y ellos se han quedado en un pub en el que había un mogollón de chavales de juerga. Me sentía desplazado. No era mi ambiente. Así que me he ido. He bajado por la calle hasta que he visto gente sentada en las mesas de fuera, hablando

tranquilamente. He visto a aquél chico en la puerta. Tiene una mirada tan viva… y he sentido algo que me ha hecho detenerme y entrar. Me gustó este sitio desde fuera y me gusta ahora que estoy dentro.

Sus ojos se pasean por las paredes, por las caras de los presentes como si de pronto quisiera capturar todo lo que no se ve en un barrido de su mirada y llevárselo, condensado, en una memoria fugaz.

–Sí. Es diferente. –Le digo. Percibo el entusiasmo de su apreciación. Está verdaderamente feliz de haber dado con este sitio.

Pienso que el que busca encuentra, pero el que no busca también, porque lo paradójico nos estira más allá de nuestras propias certidumbres. Quizá a veces, encontramos lo que necesitamos sin siquiera buscarlo, porque viene a nosotros sin avisar, cuando menos lo esperamos como les ocurría a los tres príncipes de Serendip. Recientemente, sin buscarlo, las conversaciones en el Olivar han derivado en bosques. Desde la pureza de Muniellos han llegado a mí los Colores del Viento para hablarme de una historia de sanación, de unión con la naturaleza, de respeto hacia uno mismo y nuestro hábitat. También me han dicho que el Cantábrico se oye desde el hayedo de la Biescona. Se mire como se mire, la insistente llamada del bosque me hace pensar en el Olivar, en la ubicuidad de sus ramas en la simbología de la paz a lo largo del tiempo y las culturas. Me imagino que habría un búho, porque la sabiduría con alas gana una nueva dimensión. Pero, para mi sorpresa descubro que es Oliva la que enraíza el nombre del local. La propietaria que regentó el local con su marido durante mucho tiempo. Sin quererlo tropiezo con un dato inesperado sobre su muerte. Oliva se quitó la vida en el mismo

lugar que sirve de escenario a historias que rezuman vida y sueños cumplidos. Mi asombro se tiñe por un momento, como si se cerniese un soplo trágico sobre el descubrimiento. La vida y la muerte, es un continuo, me recuerda Amadeo. Visualizo un símbolo del Tao con su equilibrio. Veo el continuo. Tomo aire consciente de que la respiración está llena de vida. A mi lado alguien canta y me uno. Vuelvo a la paz con los ojos abiertos desplegando una mirada de gratitud por este espacio en el que compartimos la canción de nuestro corazón de mil maneras. Estoy viendo esa mirada, bajo la catedral, sobre el Olivar, desde donde me llaman el bosque y el mar. Y tú estás a mi lado.

Miradas del Olivar, retratos esbozados con vida propia.





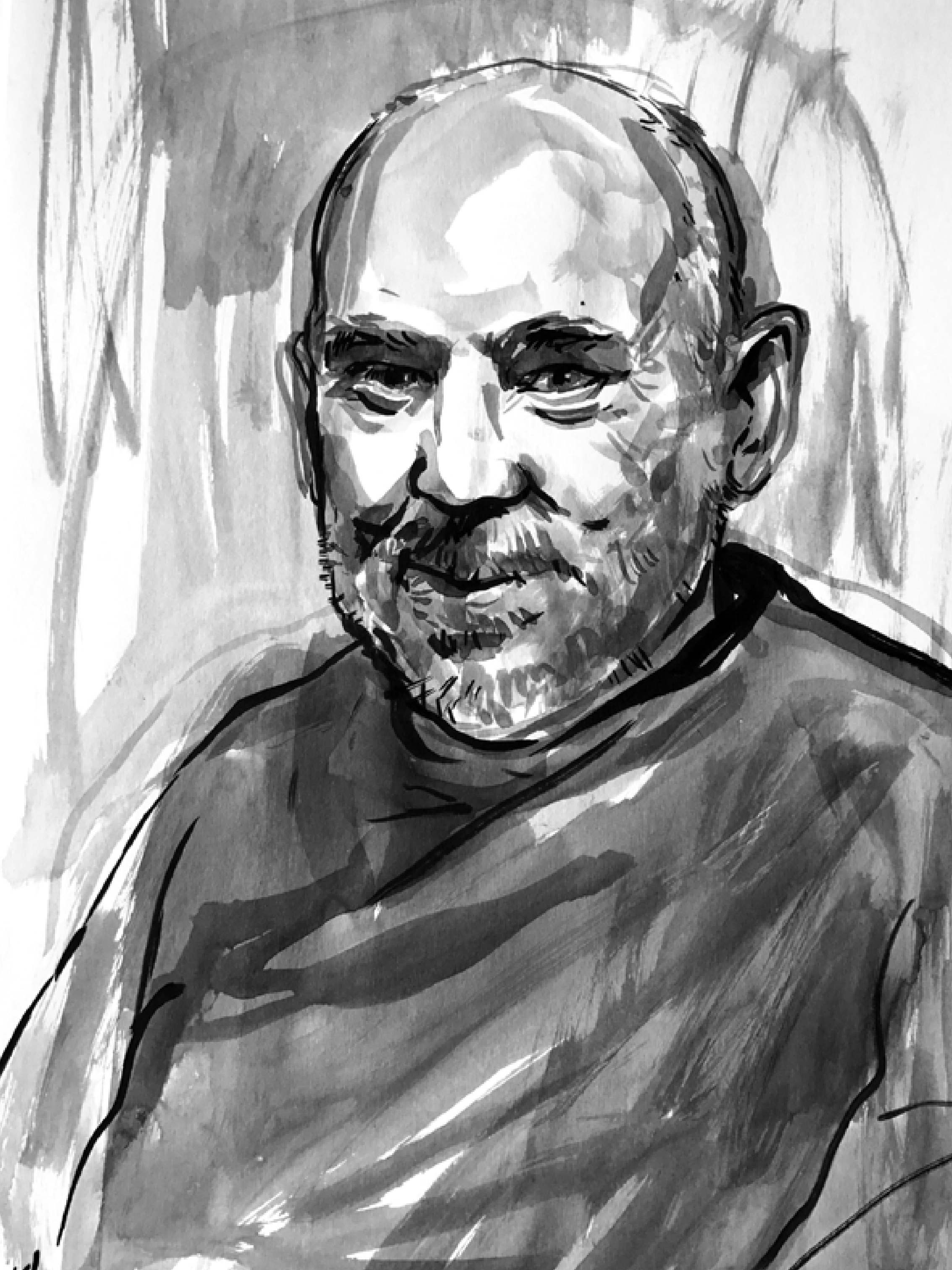














# El Olivar

Pablo Amor

Se apaga la luz del cinturón de seguridad. Abro el MacBook Air para escribir. Vuelo entre Londres Heathrow y Milán Malpensa y pienso en un bar en el que sólo habré estado dos o tres veces en mi vida. Y de eso hace mucho tiempo, cuando aún vivía en Oviedo, la ciudad en la que me crie y estudié.

¿Para qué? ¿por qué? ¿cómo?

Contesto primero a la última pregunta.

¿Cómo?

A veces para describir algo que no conoces, lo mejor que puedes hacer es capturar su contorno, la capa externa que lo rodea. Describir por eliminación, o por contexto.

Como hacer una ecografía de cierta realidad, deslizando la mirada por su superficie para captar el perfil y la estructura de lo que sea que haya dentro.

Esta metáfora no es muy buena. Probemos otra.

Como tratar de adivinar, al peso, qué podrá ser el objeto que ha sido envuelto para regalo.

Esto ya está mejor. Salvado.

Lo que veo cuando tanteo el objeto a describir es un color –marrón, amarillo ocre–, unas mesas, una ventana baja que da a la calle, una planta, cuadros en las paredes como parte de una exposición temporal, gente que pide té, gente

que fuma, alguien ha venido con su perro, no hay música –o si la hay, está a un volumen bajo–, pedimos un chato de vino; o estamos mucho rato o muy poco.

¿Por qué?

Porque pensar en El Olivar, o en el Movie, o en Videoteca 27, o en el colegio Santa María del Naranco, o la discoteca La Real, o en Discoteca la tienda de discos de la calle Toreno, o en mi abuela materna Elisa, o los mundiales de fútbol o en el concierto de U2 en el (antiguo) Carlos Tartiere el 19 de mayo de 1993, o en M. D., o en Carbono 14, o en el limpiabotas de la calle Uría, o en Manolín el gitano –¿es políticamente correcto decir "gitano" en el año 2017?– o en muchas otras cosas más, es pensar en mí yo pasado, es activar el chorro de la nostalgia, mientras escucho el OK Computer de Radiohead desde mi iPhone 7 plus en el día en el que se cumplen 20 años de su publicación –me pregunto si visité El Olivar aquel día, después de comprar el CD y escucharlo repetidas veces en el salón de casa de mis padres; sería una casualidad asombrosa…

Todo esto me pasa –y se me pasa por la cabeza– al intentar recordar y describir El Olivar. Y me gusta.

Sí, El Olivar es un bar que recuerdo vagamente. Está en la ciudad en la que me crie, Oviedo. En el casco antiguo, muy cerca de la plaza o puerta del Sol. Tal vez incluso recuerdo el nombre de la calle (¿Oscura?) en la que está. Dicha calle, si no ha cambiado o no la recuerdo mal, tiene cierta pendiente. El Olivar es uno de los muchos bares que hay en la zona. Estaba –ya no está, no sé si el local seguirá siendo utilizado como bar de copas– el Monster, en mitad de la susodicha plaza.

Muy cerca de El Olivar hay una calle perpendicular que

tiene aún más pendiente que la calle Oscura –ya digo, suponiendo, que la calle del Olivar sea la calle Oscura. En esa otra calle había un bar llamado Casa María, en el que dimos nuestro primer concierto como George Kaplan (si no lo cuento, reviento).

Recuerdo subir y bajar esa calle en estado de embriaguez incipiente, con más o menos alegría y ganas de hacer el tonto, según el día.

Recuerdo también cierto olor, perenne, a hamburguesa, o a bocata de lomo – ¿sería realmente lomo lo que nos daban? – o a perrito caliente… ¡no, mejor aún! ¡a patatas bravas! Pero creo que éstas las vendían –o las comprábamos– algo más arriba, en la calle de la heladería Verdú, la que pasa por debajo del arco central del Ayuntamiento. Luego nos sentábamos a comer en las escaleras de la plaza, delante del Monster, y a pensar, con aire de superioridad, en lo bien que nos lo montábamos y lo intelectuales que éramos, mientras observábamos al resto de la muchachada beber, gritar y liarla parda.

¿Para qué?

Lo bueno de practicar el recuerdo improvisado y sobre las alturas es que:

1. el ejercicio ha de ser, por fuerza, bueno para prevenir el Alzheimer.

2. el texto en sí genera un bonito recuerdo a su vez, en forma de libro (si es que se llega a publicar; espero que sí. Si es que no rechazan mi texto; espero que no.)

3. convierte lo recordado –El Olivar, en este caso– en un lugar legendario dentro de la autobiografía personal. “Mira, sobre ese bar –y no otro, ningún otro– escribí una

vez un texto”. Esto ya no se lo quita uno de encima jamás, por muchas veces que visite le bella, noble e invicta ciudad de Oviedo.

4. se pasa el vuelo Londres Heathrow – Milán Malpensa mucho más rápido.

No se puede pedir más.

Se enciende la luz del cinturón de seguridad. Cierro el MacBook Air para aterrizar.

Postdata (antes de cerrar el MacBook Air del todo): gracias a quien corresponda por no haber bautizado el bar como El Oli Bar. Al menos no en la dimensión de la realidad en la que me encuentro, escribiendo estas palabras.

















# La salud mental en El Olivar

Nacho Bujanda

Existe una escalera en El Olivar que puedes ir subiendo peldaño a peldaño, o de dos en dos, o de tres en tres, casi tropezando. Los que tienen las piernas más largas llegan a la cima de un salto. Unas veces me pasa a mí, subo poquito a poco y otras más deprisa, a saltos, de prisa, muy rápido. Otros vienen ya subidos en su propia escalera, arriba del todo y la ponen encima de la escalera de El Olivar y quedan por encima de los demás. Supongo que en eso de las escaleras pasa en muchos sitios, hasta en otros bares, pero aquí es distinto. La velocidad, distancia, rapidez, intensidad con la que se sube las escaleras de El Olivar es directamente proporcional depende lo que hayas tomado y con qué rapidez, lo que hayas fumado y con quien, lo que hayas comido y de qué color porque te recuerdo que en esta escalera no se sirven comidas, aunque algunas veces Esther aparezca con un bizcocho. Las escaleras dependen también de tu carga genética, de tu experiencia y de lo que te hayan hecho. Todo forma la escalera de la locura.

A los desequilibrados siempre nos miran de forma paternal o con desprecio desde el peldaño de la sensatez y de la normalidad. Ese tipo de peldaños escasean en El Olivar. Los cuerdos y sensatos vienen alguna vez, intentan subir las escaleras, pero desgraciadamente se caen, sangran un poquito, se marchan y no vuelven. Una pena. Son muy divertidos y nos reímos mucho con ellos cuando la boca se les pone como un agujerito sorprendidos por la gente

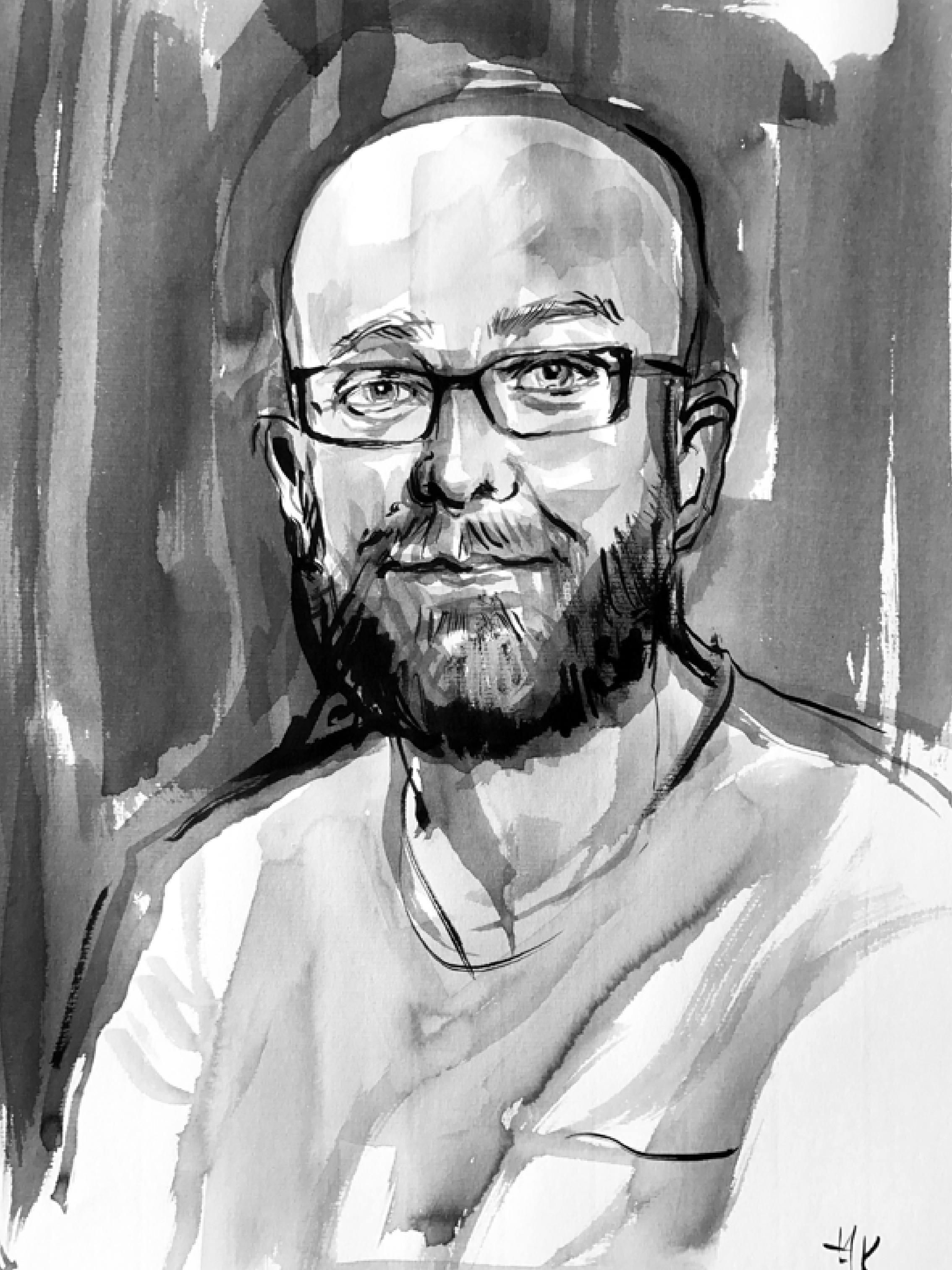
habitual de El Olivar. He visto incluso como alguno ha salido corriendo.

Como no podría ser de otra manera hay locos geniales en este local. De esos hay muchos. Vienen con su escalera que normalmente es una exposición de pintura colgada en las paredes. Otros vienen con música, folletos o panfletos. Pero lo normal es la locura iletrada, historias que van pasando, cuentos geniales imposibles de reproducir a los que no lo vieron, experiencias increíbles a pesar de que son ciertas. A la gente cuerda no le pasan esas cosas. Pobrecillos. Están empecinados en pensar que estamos locos, que somos raros, pero no se dan cuentan de que el fracaso es el dueño de sus vidas. El fracaso vital de los cuerdos.

















# Plaza del Sol

Lauren García

Viento que celebran tus sandalias.
Descanso de un verano
que atropella a los taxis.
La cerveza rastrea mi calor
eterno e indisimulable
que riega tus caderas empantanadas.

# Plaza del Paraguas

Lauren García

La noche olvida al día,
tiene premoniciones de estrella fugaz
y de candil de encargo divino.
Sabré esconderme bajo el techo de la madrugada
y cada copa resbaladiza
tendrá cuentagotas de vida,
del que espera en las yedras de la duda.

















Rubén Rodríguez

Te dije
que hubo un lugar
donde fueron convocadas
todas las palabras.
Lugar soñado para el encuentro,
la fiesta y el cante.
Dirige –de nuevo–
tus pasos,
a la guarida oscura del conocimiento,
a la cueva eterna
de tus pesares y encantos.
Duerme con la luna menguante,
habita su barra con los animales nocturnos
y bebe los tragos amargos de los días inciertos.
Vive, en El Olivar eterno, amigo,
tus más ocultos miedos.

Rubén Rodríguez

Seguirás en esta barra
contemplando
la imagen ajena,
huidizas formas que huyen
hacia las mesas,
escuchando
la música cercana
de un solo de guitarra,
todo te rodea,
es parte de ti, de esta fiesta.
Contemplarte hoy:
Ser el silencio, la rabia
y la serpiente.



VEN















# Certeza

## Santiago Bertault

No dejamos de ser unos jodidos absurdos,
simples payasos que deambulan en la noche.
Carne llena de deseos y confusiones,
buscando lo mismo sin saberlo.
Pero cuando mi mirada oblicua entra al Olivar,
lo único que cobra sentido es la palabra.

Refugio

# Garabatos

Santiago Bertault

(Amadeo déjame un boli y un papel por favor.)

A la cara
un espejo se miró.
Le sonrío un niño ciego.

Un hombro se lamentó
de no poder llorar,
en alguna extremidad.

Con una pistola en mi mano derecha,
lo que me da más miedo,
es el poema en la zurda.

















## ÍNDICE

### Relatos



### Poemas

## ÍNDICE DE RETRATOS

[11] Klára, [17] Ana, [18] Roberto, [19] Rubén, [20] Güeri, [21] Jorge, [22] Carmen, [23] Chico con barba, [24] Ramón, [29] Suarón, [30] Lucía, [31] Michel, [32] Guillermo, [33] Paredes, [34] Verónica, [35] Chica Castaña, [40] Dani, [41] Javi, [42] Yago, [43] Lluna, [44] Pablo, [45] Xose, [46] Olga, [49] Nabil, [50] Fabia, [51] Javier, [52] Raquel, [53] Fernando, [54] Chico Moreno, [55] Waldo, [56] Rosa, [60] Lan, [61] Rubén, [62] Mónica, [63] Iván, [64] Susana, [65] Manolo, [66] Alba, [67] Paula, [68] Juan, [72] Javier, [73] Laura, [74] Ana, [75] Tiuna, [76] Iván, [77] Brezo, [78] Sveta, [82] Flor, [83] Juan, [84] Nacho, [85] Marta, [86] Isaac, [87] Koky, [88] Su, [89] Pepe, [90] Mariluz, [95] Pablo, [96] Amadeo, [97] Chelo, [98] César, [99] Benjamín, [100] Dani, [101] Raquel, [102] Mariluz, [105] Nacho, [106] Israel, [107] Sonia, [108] Fernando, [109] Jose, [110] Tino, [111] Marta, [112] Mauricio, [115] Lauren, [116] Aida, [117] Cheli, [118] Mateo, [119] Fonso, [120] María, [121] Nori, [122] Juan, [125] Rubén, [126] Pepín, [127] Carlos, [128] Omam, [129] Iván, [130] Lorena, [131] Xuan, [132] Fermín, [135] Santiago, [136] Carlos, [137] Nani, [138] Guillermo, [139] Carlos, [140] Beni, [141] Jairo, [142] Fiona.

Edición al cuidado de Javier F. Granda.

Promueven: Amadeo Fernández Durán, Javier F. Granda, Fermín Santos.



Fotografía: Javier F. Granda.

Maquetación: Nanu González.

Imprime: HiFer Artes Gráficas, Oviedo.



Depósito legal: AS-01218-2017
Primera edición: abril 2017

Publicación sin ánimo de lucro.

La edición consta de 150 ejemplares firmados y numerados por la artista.